

LOS PRECEDENTES DEL MONASTERIO



San Juan de los Reyes, Toledo, abundante nervadura

Antes de adentrarnos en el mundo constructivo escorialense conviene echar una ojeada rápida a las interesantes muestras góticas que abundaban por nuestro país en los tiempos del levantamiento de El Escorial. Y si lo que queremos es profundizar en la transición del gótico al Renacimiento en España, tendremos que recordar el significado de la luz en los templos desde el Nuevo Testamento: «Dios es luz para la iluminación de las gentes» (Lucas 2, 32).

La luz era como el camino hacia Dios y por ello las estructuras constructivas se condicionaban a la búsqueda de la claridad. Se crearon los muros traslúcidos, con vidrieras con irradiaciones coloreadas y cambiantes según

el paso de las horas. Simbolismo de luz siempre asociado a lo divino. Las audaces bóvedas de crucería permiten anchos vanos en las naves, sin que haya desplomes. El muro como tal pierde entidad, pudiéndose incluso llegar a ser parcialmente reemplazado por deslumbrantes vidrieras. Y para aumentar la altura de las naves no era cuestión nada más que de la añadidura de sucesivos nervios y contrafuertes.

El gótico estaba plenamente incrustado en la tradición y la costumbre hispana durante tres siglos y por ello gozaba de un gran arraigo tradicional y popular, de tal forma que ante la llegada de las corrientes italianas se presentaba un forcejeo persistente que llegó hasta el siglo XVI. A ello se añadía la mentalidad conservadora de los promotores locales, mayoritariamente eclesiásticos. Pero en esta batalla a favor del gótico siempre jugó la realidad de que este no era un estilo extinguido, sino, muy al contrario, vivo y que seguía aportando nuevas soluciones.

En este punto cabe recordar que la transición del gótico hacia el clasicismo, es decir, del mundo medieval al renacentista, fue errónea y exageradamente conceptuada por el romanticismo como el paso del oscurantismo hacia la intelectualidad, el paso de los *fanatismos* hacia la conversión del hombre como punto central del desarrollo de la civilización y del progreso, olvidándose de que en el tiempo anterior habían surgido figuras de la entidad de Tomás de Aquino, Ramón Llull, Dante, o el mismo Alfonso X el Sabio. Guillermo Díaz-Plaja va más allá y apunta el hecho de que, debido al enfoque prioritario que se dio hacia el hombre, consecuentemente se pudo desenfocar el plano de la trascendencia, o sea, el plano de Dios, de manera que el hombre iba a ser la «medida», pero también se convertía en el «límite» (Díaz-Plaja, 1969: 75). Creo que es importante recordar esta idea cuando tratamos de la transición artística entre aquellos dos mundos.

Arquitectónicamente, la entrada del Renacimiento en España fue pausada, entre otras razones porque el estilo gótico vigente, ya hemos anticipado, estaba en pleno desarrollo, y ello explica la nomenclatura al uso, puesto que popularmente seguía siendo conceptuado como *estilo moderno*. Era dinámico, permanentemente actualizado y conectaba plenamente con la tradición religiosa hispana, impulsada por los Reyes Católicos, con vistas a potenciar unas definiciones arquitectónicas que plasmasen el ideario de la unidad nacional peninsular recientemente lograda.

Una de las ventajas de aquel gótico hispano consistía en que los elementos estructurales se llegaban a confundir con los componentes decorativos, siendo casi inseparables. La nerviación de las bóvedas era, a su vez, el soporte que podía aumentar casi sin límites, incrementando las aportaciones

decorativas al tiempo que se reforzaban los sostenes en los muros y bóvedas, lo cual flexibilizaba las posibilidades de desahogo de las naves. Se generaban continuos avances y nuevos perfeccionamientos en las bóvedas de crucería estrelladas, propias del gótico tardío, al mismo tiempo que permitían el incremento en la anchura y la diafanidad en las naves centrales. Y todavía más, el escalonamiento de las naves en altura permitía un mayor desarrollo de vidrieras polícromas. En estos aspectos trascendentales de iluminación, la desventaja de los pesados muros clasicistas escorialenses era notoria. Es por ello por lo que el gran arquitecto segoviano, Rodrigo Gil de Hontañón, de formación netamente tradicional, cuando fue llamado a consulta por Felipe II en 1564, en El Escorial, se inclinaría por estos aspectos favorables del goticismo en contra de la nueva y pesada estructura renacentista.

Entre otros, afamados arquitectos de la época como Diego de Siloe, Felipe Bigarni y Juan Guas, van perfilando el gótico hispano flamenco, oficial de los Reyes Católicos, en una época de pujanza política y económica que se refleja en la decoración, donde se añaden águilas, blasones, conchas, columnas, etc., como decoración de un goticismo que se irá transformando después en plateresco. Son realizaciones suntuarias que simbolizan el prestigio de la monarquía hispana que acaba de consumir la unión peninsular. Esa suntuosidad se concentra en las llamadas portadas retablo, como, por ejemplo, la vallisoletana de San Gregorio, en la que también hay que destacar la abundancia de nerviación.

Mientras tanto, se va introduciendo el plateresco con el aditamento de formas decorativas góticas, árabes —mozárabes en Toledo— y renacentistas, que no llegarán a constituir un estilo,



Colegio San Gregorio, Valladolid

sino una modalidad ornamental, en la que se irán añadiendo argumentos iconográficos. A veces se le llama indebidamente estilo hispánico, y se confunde con el estilo Cisneros, que es una fusión de formas decorativas renacentistas con mudéjares, y cuyo exponente más claro es la sala capitular de la catedral de Toledo. Pero lo más significativo es que se empiezan a incluir en este plateresco ciertos rasgos renacentistas, tales como los grutescos, motivos copiados de la Domus Aurea romana, muy en boga en los finales del Quattrocento, y de los que luego hablaremos con más detalle.

La fachada de la Universidad de Salamanca es un magnífico ejemplo, por todos bien conocido, en el que impresiona su exuberante riqueza ornamental, que es lo que primero que deslumbra al visitante. Además, dentro de este grandioso marco, se incluye un complejo argumento iconográfico, tanto es así que muchos autores no se han llegado a poner de acuerdo sobre su significación final. Desde el pie hasta el remate en alto de la fachada se detecta un aumento progresivo del tamaño de los motivos, lo cual refuerza su efecto pedagógico. Lo que sí parece no ofrecer dudas es que estamos frente a un programa completamente elaborado que muestra la contraposición entre el vicio y la ciencia.

Escribe Víctor Nieto: «El plateresco sería un estilo o manifestación decorativa italianizante, aplicado a unos edificios de estructura gótica, sin



Universidad de Salamanca

seguir los principios de orden y proporción clásicos» (Nieto, Morales y Checa Cremades, 1997: 59-61).

Al decir de Camón Aznar, la popular Casa de las Conchas salmantina es el monumento que mejor encarna la fusión de las formas góticas con los inicios del Renacimiento, empezando por las ventanas góticas del primer piso y el conjunto del patio interior, para terminar con la puerta de entrada, una de las primeras de este estilo en España (1997: 82).

Dentro de este proceso de transformación estilística, entre 1488 y 1496 se está levantando el Colegio de San Gregorio, en Valladolid. Y al lado, muy cerca, el Colegio de la Santa Cruz, que pronto empieza a mostrar unas características arquitectónicas desconocidas en la geografía hispana.

Concretamente 1488 será el año de despegue de la primera fase de un incipiente clasicismo. Y será debido a una circunstancia fortuita: el Gran Cardenal, Pedro González de Mendoza, hijo del marqués de Santillana, visitó San Gregorio, obra patrocinada por él mismo, y lo comparó inevitablemente con el vecino Colegio de la Santa Cruz, cuya construcción estaba en marcha, siendo igualmente financiada por él; y quedó hasta tal punto desencantado que ordenó derruir parte de lo ya hecho para sustituirlo por una insólita decoración renacentista a la antigua de la fachada principal. En la opinión del Cardenal, la manera de ganar espectacularidad en aquella portada era recurrir a las nuevas formas decorativas que estaban llegando de Italia. Y no había otra, de manera que encargó a un arquitecto poco conocido, Lorenzo Vázquez, quien, aunque no esté del todo probado, había viajado por Italia, el cual resultó elegido para llevar a cabo aquella urgente transformación.



Colegio de Santa Cruz, Valladolid

Decoración renacentista epidérmica: esta es la definición preferida. Esta imagen es ilustrativa de que la intervención de Lorenzo Vázquez en este colegio, en 1488, a instancias del ya citado Gran Cardenal Mendoza, se limitó a la introducción de módulos ornamentales italianos meramente decorativos que no afectaban a la estructura gótica del edificio, que ya estaba asentada. En la figura siguiente de la portada de Colegio de Santa Cruz se aprecia claramente.

Pero ¿fue verdaderamente el Gran Cardenal un entusiasta del Renacimiento? Sabemos que don Pedro nunca estuvo en Italia, pero sí su sobrino, el conde de Tendilla, don Íñigo López de Mendoza, que acababa de regresar de allí. De ahí pudo proceder el influjo, pues este hombre era culto y apreciable coleccionista y además poseía un auténtico gusto y conocimientos sobre la nueva corriente italianizante. Sin embargo, su tío, el Gran Cardenal, aceptó de buena gana el cambio, aunque él fuese realmente un convencido goticista y consumado promotor de obras góticas tradicionales.

Reconozcamos que en suelo hispano en aquellos años no existía todavía un gusto y menos una cultura por el escasamente conocido clasicismo, quizás por ello el proceso se limitó a una lenta progresión mediante la



Portada del Colegio de Santa Cruz, Valladolid

mezcla con módulos tradicionales, tal y como se detecta en el posterior palacio de Cogolludo en Guadalajara, al que muchos expertos conceden el calificativo de primer monumento renacentista en España. Debido a la acendrada religiosidad tradicional, era explicable aquel cierto recelo, pero sin embargo se fue aplicando en los edificios civiles, palacios y hospitales, en los que sus respetivos comitentes se convencieron pronto ante las ventajas de las nuevas funcionalidades ofrecidas por la arquitectura importada de Italia.

Lorenzo Vázquez, el innovador arquitecto de Santa Cruz, reaparecerá después en el granadino castillo-palacio de la Calahorra, aunque su papel en esta importante transición estilística sigue siendo polémico, pues lo cierto es que tras estas dos intervenciones su figura se eclipsó, quizás porque no esté probado que viajase a Italia y sus conocimientos de la arquitectura italiana fuesen realmente superficiales. Es el exponente de una etapa inicial de brotes aislados del clasicismo, exclusivamente copiados de modelos del Quattrocento y que se ceñían casi por completo a los revestimientos decorativos.